

cal sobre la que dejaban su escritura improvisada las cigüeñas que no se había ido a África.

La nieve continuaba aquella tarde que os digo, y mientras nevaba yo iba dejando sobre el suelo el dibujo de mis pisadas, que me parecía enrevesado y que decía muchos de mi derivar errático entre las piedras. Según una antigua leyenda china, las garzas habían inventado la escritura al dejar sus huellas sobre la arena húmeda, y ahora yo era como ese pájaro de la fábula, leyendo la escritura de mis pasos sobre la página en blanco de la nieve cubriendo el suelo del templo, cuyos techos se habían desmoronado hacía mucho tiempo. La nieve me hacía ver el monasterio como una alucinación parecida a las de Andréi Tarkovski en su película 'Nostalgia'.

Detenido ante el núcleo del cenobio, inmóvil ante el ábside de la capilla mayor junto al que crecía un árbol que elevaba su copa por encima de las piedras, me preguntaba por qué aquel lugar me provocaba emociones tan intensas y me avivaba tanto el pensamiento, y por qué allí el dolor de recordar se tornaba tan llevadero, como si el monasterio de Moreruela tuviese sobre mí el poder de aligerarlo todo: mi presente, mi pasado y mi futuro.

Y todo eso pasaba por mi mente mientras la nieve persistía y cubría las ruinas del monasterio, borrando ante mis ojos todas las arrugas de las piedras y todas las inscripciones que había en ellas, y conduciéndome a un tiempo blanco como el de aquel poema de Mallarmé. Un tiempo blanco sobre el que iniciar una nueva escritura y un tiempo blanco sobre el que poder reinventarme a mí mismo con deliciosa impunidad. Un tiempo de muerte y resurrección, un tiempo alquímico.

Fue entonces cuando percibí una especie de vuelco en el alma. El viento empezó a agitar la nieve con fiereza esteparia, y volvía a dejar ante mis ojos de alucinado las piedras desnudas, las losas escritas, los restos de columnas y de arcos, los restos del tiempo abandonado a su propio olvido, y pensé que estaba metido en una película en la que todo volvía hacia atrás: el tiempo circulaba hacia atrás, las piedras volvían a estar como antes de la nevada. Yo mismo caminaba hacia atrás, junto con la construcción entera, y regresaba al otoño de la Edad Media, y desde ese otoño fastuoso e inventivo, veía con mis propios ojos cómo iban construyendo el monasterio en diferentes oleadas de vida y de muerte. Los trabajos más duros los hacían los conversos, que vivían en régimen de esclavitud. Eran otros tiempos.

Justo entonces volví a ver un monje blanco: una cigüeña que pasaba arrogante ante mí, y que me lanzaba una mirada súbita y cruel. Cesaba la nieve, pero la tarde seguía pareciéndome tan mágica como líquida mientras la cigüeña se alejaba de mí dejando por el suelo del templo un poema que no supe traducir y que a la vez entendí de inmediato.

Las primeras veces que me perdí entre las ruinas del monasterio de Moreruela se remontan a mi infancia, pero de aquel entonces solo tengo recuerdos vagos e imposibles. En las imágenes mentales que han ido



▲ Panorámica de las ruinas del monasterio de la Granja de Moreruela.

creando las deformaciones de la memoria, veo el monasterio rodeado de largas charcas de agua, que se pierden en los confines de la Tierra de Campos. En esas imágenes el Esla está muy cerca del monasterio, en realidad pegado a él, desmintiendo la pura y dura realidad, y un perro grande y negro recorre ferozmente el recinto.

Los recuerdos más nítidos provienen de la época en que acababa de regresar de París. En aquel entonces el monasterio era un poco como lo aca-

El viento empezó a agitar la nieve con fiereza esteparia, y volvía a dejar ante mis ojos de alucinado las piedras desnudas

bo de describir y como lo vio Agustín García Calvo en el poema XXXIV de sus 'Soliloquios y canciones'. Creían entre las ruinas más árboles que los que se ven ahora, y en algunos flancos la vegetación y las piedras parecían tan hermanadas como en esos templos de Camboya perdidos en la jungla.

Esas visitas transcurrían a principios de la década de los ochenta del siglo pasado, cuando estaba escribiendo un guión con Pedro Almodóvar. Desde Madrid, Zamora no que-

daba lejos y me gustaba acudir al monasterio siempre que podía, porque me provocaba sensaciones muy intensas y de un cromatismo muy poderoso. También me provocaba una paz que a decir verdad me resultaba profundamente desconocida. Quiero decir que se trataba de una forma de mansedumbre que hasta entonces yo no conocía, y daba igual que el día fuese lluvioso o soleado, nevado, rojo o gris. El poder de transformación que ejercía sobre mí aquel lugar